



Polis

Revista Latinoamericana

1 | 2001

Sociedad, universidad y conocimiento

David Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Ediciones B Argentina S.A., Javier Vergara Editor, Grupo Zeta, Buenos Aires, 1999, 815 p.

Leopoldo Montesino Jerez



Édition électronique

URL : <http://journals.openedition.org/polis/8277>

ISSN : 0718-6568

Éditeur

Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas (CISPO)

Édition imprimée

Date de publication : 15 décembre 2001

ISSN : 0717-6554

Référence électronique

Leopoldo Montesino Jerez, « David Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Ediciones B Argentina S.A., Javier Vergara Editor, Grupo Zeta, Buenos Aires, 1999, 815 p. », *Polis* [En ligne], 1 | 2001, mis en ligne le 30 novembre 2012, consulté le 30 avril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/polis/8277>

Ce document a été généré automatiquement le 30 avril 2019.

© Polis

David Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Ediciones B Argentina S.A., Javier Vergara Editor, Grupo Zeta, Buenos Aires, 1999, 815 p.

Leopoldo Montesino Jerez

- 1 La historia económica es una materia muy amplia. En muchos países, momentos y lugares diferentes en el mundo de hoy suelen dictarse cursos muy diversos sobre determinados aspectos económicos de la historia. Los programas incorporan referencias sobre la evolución agrícola en tal o cual zona y período, el desarrollo industrial, la relación entre aspectos tecnológicos y sociales a través de la historia y en fin, distintas materias de interés que conforman este amplio campo al que nos referimos. El libro de David Landes tiene el mérito de actualizar y mostrar un panorama general de la historia económica hasta nuestros días, en un estilo ágil que resulta entretenido, pero sin perder la profundidad y erudición que merece una obra como esta.
- 2 El autor tiene un prestigio internacional bien ganado, ha sido académico de las Universidades de Columbia y de California en Berkeley y es profesor emérito de historia y economía en la Universidad de Harvard. Su vida ha marcado una verdadera senda en el campo de la historia económica y social mundial, desde sus tiempos de estudiante hasta sus conferencias internacionales más actuales en diversos continentes. Al expresar sus agradecimientos con relación a la publicación de este libro, evoca a instituciones, personas y lugares que demuestran la importancia de su trayectoria profesional: ha obtenido becas o contactado con la Fundación Rockefeller, la Fundación Rothschild Yad Ha-Nadiv, el Instituto de Historia Económica de París, la Universidad de Cambridge, la Asociación de Bancos de la República Argentina, la Società Italiana degli Storici dell'Economia, la Universidad de Salamanca, el Taller de Historia Económica de Harvard, la Universidad de Notre Dame, el 11º Congreso Internacional de Historia Económica en

Milán en 1994, la Asociación de Historia y Ciencia Social de Atlanta, las Universidades de Oslo y Bergen, la Universidad Bocconi de Milán, la Fundación Enrico Mattei de Milán, con el Comité de Planificación del 12º Congreso Internacional de Historia Económica en Madrid 1997, etc. Entre sus colegas y profesores se incluyen personalidades tan diversas como Robert Fogel, Paul Bairoch, Walt Rostow, Anne Krueger, Rondo Cameron, David Rock, Werner Baer, Alberta Arthurs, William McNeill, Stanley Engerman, Angus Madison, Yaacov Metzger, Leandro Prados de la Escosura, Patrick K. O'Brien, Arthur H. Cole, George Stigler, Carlo Cipolla, Albert Fishlow, Simon Kuznets, Alexander Gerschenkron, Zvi Griliches, Robert Barro, Kenneth Arrow, Milton Friedman, Robert Solow, Charles Klinderberger, Tibor Scitovsky, Partha Dasgupta, Pierre Chaunu, Wolfram Fischer, Jean Batou, Ester Fano, Carlo Poni, Akio Ishizaka, Don Patinkin, Gabriel Tortella, al nombrar algunos de los más conocidos por sus publicaciones y/o trabajos en el área.

- 3 La lista de algunos artículos y publicaciones del profesor Landes de que disponemos parece larga. Sólo anotaré los siguientes: hacia 1952 ya escribía *Bankers and Pashas: International Finance in Egypt in the 1860's* (Miller, ed., *Men in Business*, pp. 23-70), en 1969 su conocido y citado *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present* (Cambridge: Univ.Press); en años más recientes *The Time of Our Lives* (*Social Science Information*, 29, 4 : 693-724, 1990), *The Fable of the Death Horse; or , the Industrial Revolution Revisited* (en Joel Mokyt, ed., *The British Industrial Revolution: An Economic Perspective*. Boulder: Westview, pp. 132-170, 1993), *Convergence and Divergence: What Do Numbers Tell?* (en Etermad Batou y David eds., *Pour une histoire économique*, pp. 111-119, 1995).
- 4 La obra que se reseña en esta oportunidad emula en su título al de Adam Smith “*La riqueza de las naciones*”, pero al cual Landes agregó en forma muy sugerente “y la pobreza”. Este título se justifica plenamente. Si bien es cierto el concepto de “riqueza” quería significar una medida del desarrollo de los países en la época de Smith, adolecía naturalmente de fallas importantes en el sentido de que sólo consideraban los bienes físicos, las mercancías, los productos; en la actualidad no se habla de “riqueza” de una nación sino del Producto Nacional Bruto (P.N.B.) e incluso del Bienestar Económico Neto (B.E.N.) como una medida de comprender la evolución del desarrollo económico. El propio Smith pensaba erróneamente que sus clases en la Universidad, lo que constituye hoy un servicio, no formaban parte de la riqueza del país. En su libro, es evidente que Landes implícitamente se está refiriendo al crecimiento en el sentido moderno al examinar los hechos del pasado.
- 5 La esencia de la historia económica es tratar de explicar preguntas o discutir temas cómo los siguientes: hace un milenio, China lideraba el mundo en materia tecnológica, ¿por qué toleró que sus más grandes inventos fueran copiados, mejorados y utilizados en su contra? ¿Cómo Europa, tan pobre y débil hace mil años, terminó por dominar el mundo? ¿Por qué los países de Sudamérica, con tantos o incluso más recursos naturales que los dos grandes países norteamericanos como Estados Unidos y Canadá, está más atrasada si fueron igualmente colonizados? ¿Por qué en nuestra era las culturas musulmanas fundamentalistas parecen condenadas al subdesarrollo económico, a pesar de que sus países son ricos en petróleo? ¿Cómo fue que Japón, con un ingreso per cápita probablemente muy similar al chileno a comienzos de siglo XX, se convirtió en una potencia económica mundial? ¿Acaso las naciones del mundo convergen hacia un alto nivel común de productividad y riqueza? ¿O los países ricos simplemente están ensanchando la brecha respecto de los pobres?. En fin, estas y otras interrogantes

similares se plantea Landes en su libro y busca responderlas en forma sistemática e inteligente a través de la discusión en el texto.

- 6 ¿Qué sentido tienen estas interrogantes?, o más directamente, ¿qué utilidad le aportan a economistas y científicos sociales?. Por otra parte, la meta que se plantea el autor indudablemente es ambiciosa, si bien la historia económica permite relajar el supuesto metodológico del “*ceteris paribus*”, suponer las otras variables fijas o constantes, lo que en cierto sentido constituye su más valioso potencial. Bien, en mi opinión es que sirve para darnos cuenta de cuantos errores hemos cometido los seres humanos antes de que nos pongamos de acuerdo tanto civiles como militares, políticos, religiosos, académicos, líderes de opinión, etc., en seguir determinadas estrategias de desarrollo económico y social que se traduzcan efectivamente en una salida rápida y oportuna del atraso, de la miseria, de la falta de oportunidades, de alcanzar una calidad de vida digna para diversos pueblos que también forman parte de este planeta. A la luz de los hechos expuestos en la obra resulta casi paradójico como es que a pesar del planteamiento de diversas ideologías y sistemas económicos, cuyo igual propósito ha sido alcanzar el bienestar del hombre, se ha terminado en guerras, traiciones, heridos, injusticias, miles de muertos y daños con secuelas inimaginables. Reitero, creo que la lectura del libro de Landes es útil en la medida de quienes asimilen su mensaje, comprendan que han hecho un esfuerzo modesto pero sincero por tratar de contribuir a proponer hoy un mundo más civilizado.
- 7 El libro consta de 29 capítulos y me referiré sólo a algunos de ellos por razones de espacio. En general, todos ellos se caracterizan por abundantes citas y referencias a material bibliográfico complementario útil para quienes deseen profundizar sobre algún tema. También incorpora interesantes reflexiones sobre asuntos teóricos y temas de hoy, que el autor sabe manejar hábilmente con su pluma al impedir que la obra pierda su carácter netamente histórico.
- 8 El capítulo 1 se titula *Desigualdades de la naturaleza*, en el cual el autor pone sobre la mesa algunos posibles elementos que tal vez explican parte de la desigualdad económica. Se refiere en primer lugar al impacto de la geografía, que parece transmitir una verdad desagradable en relación a los dones que la naturaleza ha distribuido a lo largo del planeta; dones y calamidades, por qué no decirlo, pues más allá del hecho de que en las zonas de mucho calor dificulta la propensión al trabajo, existen muchas enfermedades como la malaria, la esquistosomiasis, la filariasis linfática, la ceguera del río, la enfermedad de Chagas, la lepra y la enfermedad del sueño africana que afectan a muchos países y personas (ver datos de la Tabla 1.1. para 1990, p. 33). El agua ha representado otro problema condicionante, ya sea por escasez aguda o por inundaciones que se repiten cada cierto tiempo en algunas zonas del planeta. Un solo ejemplo basta: el ciclón de 1970 en Bangladesh dejó alrededor de medio millón de muertos y el doble de personas sin hogar. Landes deja abierta la cuestión respecto a que si la geografía podrá o no ser dominada a futuro por los avances tecnológicos de manera de que el hombre alcance el progreso a pesar de los desastres naturales.
- 9 El capítulo 2 se titula *Respuestas a la geografía: Europa y China*, en el cual el autor centra su análisis nuevamente en aspectos geográficos pero contrastando lo acontecido en dos zonas específicas como Europa y China. Aquí Landes parece efectuar aseveraciones en términos generales; plantea que el clima europeo ha sido un privilegio como consecuencia de la gran Corriente del Golfo, que parte de las aguas tropicales de África, cruza el Atlántico hacia el Oeste hasta el Caribe y luego cruza el Atlántico nuevamente hacia el noreste. Estas y otras condiciones han proporcionado a Europa Occidental vientos

cálidos y lluvias suaves a lo largo de todas las estaciones y un bajo nivel de evaporación, la base para obtener buenas cosechas, saludable ganado en pie y densos bosques que incluso en ocasiones fueron un apoyo en épocas de hambruna y malas cosechas. En China, por otra parte, la presencia de inundaciones y sequías fue la norma, exigiendo niveles de reparación y reaprovisionamiento mucho mayores. La ventaja de una cantidad de mano de obra china tuvo por contraparte pandemias, el despotismo sobre multitudes de campesinos que fueron forzados a participar en ambiciosos proyectos, unido al manejo del agua que requería un poder supralocal que reforzaba dicho dominio esclavizador (ver pp. 45-55, en particular la llamada “*tesis hidráulica*”).

- 10 Más adelante, en los capítulos 5 *La gran apertura*, 6 *Hacia el este*, 7 *De los descubrimientos al imperio* y 8 *Islas agrídulces*, examina la expansión de Europa hacia los continentes americano y asiático a través del mar. El inicio del proceso fue el discutido descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón en 1492, generándose un intercambio asimétrico entre Europa y América, con un desafortunado destino de muchos pueblos indígenas dominados por una fuerza militar superior, diezmados por microbios que introdujeron los europeos y sometidos a toda clase de atrocidades y arbitrariedades. Por lo demás, Landes anota que según muchos América siempre estuvo allí, los nativos conocían su tierra, Colón no tenía claro hacia donde se dirigía ni donde había llegado. Cabe aquí un comentario personal respecto del aporte de Europa: nuevas tecnologías, la rueda, animales domésticos, una lengua común, la escritura, la administración, nuevos pueblos y ciudades, la doctrina cristiana. La lista es larga, pero debe quedar claro si estos aportes se efectuaron en un contexto de libertad, no de imposición. Dicho de otra forma, no es lo mismo la ocupación de un territorio ajeno por acuerdo entre partes que por imposición de una a la otra en términos de dominación. Respecto a este tipo de situaciones el autor expone:

“El descubrimiento del Nuevo Mundo por parte de los europeos no fue un accidente. Ahora Europa ostentaba una ventaja decisiva con respecto al poder para matar. Podía enviar sus armas dondequiera que fueran sus barcos; y gracias a las nuevas técnicas de navegación, los barcos europeos ahora podían ir a cualquier lugar. Detengámonos aquí un momento para analizar las implicaciones más amplias de esta desigualdad. Yo representaría una ley vinculada a las relaciones sociales y políticas, donde tres factores no pueden coexistir: (1) una marcada disparidad de poder, (2) acceso privado a los instrumentos de poder y (3) igualdad entre los grupos o naciones. Cuando un grupo es lo suficientemente fuerte como para presionar a otro y se coloca en forma tal de obtener beneficios, así lo hará. Aunque el estado se abstenga de realizar tal agresión, las compañías o individuos no esperarán que les den permiso. En lugar de eso, actuarán a favor de sus propios intereses, arrastrando a otros, incluso al estado. Ese es el motivo por el cual el imperialismo (la dominación de un grupo por parte de otro) siempre ha estado con nosotros. Es la expresión de un profundo impulso humano. Existen otros sentimientos más sutiles, el impulso altruista, los ideales de solidaridad, la regla de oro. Pero tales nobles ideales, aún cuando son sancionados y propagados por la religión organizada, han sido honrados tanto por su incumplimiento como por su observancia. De hecho, los principios más nobles, dentro de los que se incluye la religión, se han invocado con demasiada frecuencia como causa de agresión. Sólo la decisión deliberada de la autoridad política, no sólo para abstenerse de tal conducta sino para evitar que los integrantes del grupo participen en ella, puedan impedir este impulso” (ver pp. 99-100).

- 11 Estas reflexiones no deben dejar de tener en cuenta las crueldades involucradas con relación a la conquista de las Américas del Norte, Central y Sur. Las luchas previas contra los musulmanes, la antropofagia de ciertas tribus y pueblos indígenas, los ídolos

religiosos, creencias y costumbres diferentes, la dominación previa a la llegada de los conquistadores de otros pueblos americanos por los propios incas y aztecas constituyó un curioso cóctel que aparentemente justificaba muchos de los excesos cometidos, pero aún así inaceptables desde la perspectiva moderna. La expansión de Europa hacia el Este por mar se debió a los portugueses, quienes estuvieron mucho tiempo buscando rutas hacia las Indias desde la época de Enrique el Navegante, quien había construido un centro de estudios para la navegación en Sagres. Landes anota que:

“El descubrimiento de un nuevo mundo por parte de Colón escandalizó a los portugueses. Igual que el Sputnik a los norteamericanos. Después de arduas y costosas exploraciones alrededor de Africa, y los españoles habían encontrado un nuevo mundo (o tal vez Asia) en el primer intento. No parecía justo”. (Ver p. 127).

- 12 La figuras de Bartolomé Díaz, Vasco de Gama y Pedro Alvarez Cabral surgieron de una estrategia exploradora portuguesa que se caracterizaba por lo metódico y sistemático. Cada vez que ellos avanzaron, registraban todo tipo de datos, la latitud, marcaban ciertos lugares, modificaban los mapas. Sin embargo estas y otras expediciones pronto concluyeron que ellos eran más fuertes militarmente que los nativos, pero que tenían algunas dificultades para comerciar y obtener las especias (pimienta, clavos de olor) tan apetecidas en Europa. El contraste entre España y Portugal se dio en que mientras los portugueses ratificaban los derechos de posesión haciendo valer el descubrimiento, los españoles hacían valer los hechos materiales: colocaron cruces, “convirtieron” a los nativos, construyeron edificios cristianos, instalaron tribunales y cárceles; en cuanto a los objetivos, los españoles apuntaban a los tesoros, mientras que los portugueses a las ganancias provenientes del comercio. Dos tipos de imperio (ver pp. 128-133).
- 13 Landes introduce aquí un tema que tal vez resulte curioso pero que pudo cambiar la historia económica del mundo. Explica que desde 1405 a 1431 los chinos emprendieron a lo menos siete expediciones navales de importancia para explorar las aguas de Indonesia y el océano Índico. No está tan clara la relación entre estos viajes y el comercio, pero sí que las flotas chinas superaban lejos en tamaño y magnificencia las pequeñas flotas portuguesas que llegaron después. Sus barcos eran tal vez los más grandes del mundo en la época, altas estructuras con varias cubiertas hacían las veces de campos flotantes, los más grandes medían 120 metros de eslora por 50 de ancho (comparar con los 26 metros de la “Santa María” de Colón), tenían nueve mástiles escalonados y doce velas cuadradas de seda roja; había barcos para transportar caballos, de ocho mástiles, unos para tropas y combate naval, otros para transportar agua. Una de estas flotas, la del almirante eunuco Zheng He en 1405, estaba integrada por 317 embarcaciones y transportaba 28000 hombres; además, la actividad económica relacionada con la construcción de barcos involucraba a cientos de familias de carpinteros navales, herreros, fabricantes de sogas y velas, conductores de carros, calafateadores y la presencia de diques secos – adelantándose en esto a la tecnología europea en cientos de años- al punto de que la Europa medieval jamás pudo imaginar una flota de esas características. Landes discute aquí el porqué de la posterior decadencia china, pero dejó al lector averiguar más antecedentes (ver pp. 135-139).
- 14 La caída de los imperios inca y azteca es también analizada por el autor. El tema de la introducción de la esclavitud negra, en que las potencias coloniales de Francia, Holanda e Inglaterra hicieron sentir su dominio, obligan a reflexionar al lector que probablemente se estremecerá con algunas cifras y descripciones en las condiciones del transporte y

trato a los esclavos. Además, este tipo de antecedentes explica en gran la constitución étnica y lingüística de Centroamérica actual (ver pp. 141-170).

Comentaré por último los capítulos 13 La naturaleza de la revolución industrial, 19 Las fronteras, 23 La restauración Meiji y 24 La historia equivocó el rumbo.

- 15 Una pregunta clásica en la historia económica ha sido ¿en qué consistió la revolución industrial y por qué se originó en Inglaterra?. Sin entrar en la cuestión de los límites de inicio y término de la misma, Landes explica que consistió en un proceso caracterizado por la sustitución de la habilidad y esfuerzos humanos por las máquinas seguras, precisas e incansables, la sustitución de fuentes de energía animada por inanimada permitiendo convertir calor en trabajo y el uso de materias primas nuevas y mucho más abundantes, materiales artificiales que sustituyeron sustancias vegetales y animales. El rápido aumento de la productividad, repercutía a su vez un mayor ingreso per cápita y en una cadena de continuas mejoras que, al término de la misma, transformó el equilibrio político y social dentro de las naciones en los siglos XVIII y XIX. Landes discute aquí brevemente el significado de la palabra “*revolución*” y pasa luego a las clásicas referencias sobre la evolución del aprovechamiento de la fuerza del vapor, que culminó después de 60 años hasta que James Watt inventara su famosa máquina caracterizada por un condensador separado. Para algunos este fue el invento más importante de todos los tiempos; la fuerza del vapor no sólo pudo ser utilizada rentablemente en las minas, sino también lejos de ellas, en las nuevas ciudades industriales. Sin embargo no fue el único importante; además de las nuevas dificultades sociales generadas por el maquinismo, la expansión de la técnica, la aparición de las hiladoras y los telares de Hargraves y Arkwright, así como la famosa combinación de ambas llamada “*mula*” de Crompton y una larga lista en otros campos provocó lo que Landes llama “*la paradoja de la revolución industrial*”: el mundo se unió más, se hizo más pequeño y más homogéneo, pero también lo fragmentó, distanciando a los ganadores de los perdedores. Engendró múltiples mundos (ver pp. 245-262).
- 16 El capítulo sobre las fronteras incorpora ciertos elementos nuevos en la discusión sobre las posibilidades de desarrollo que el lector puede considerar. Aquí Landes toca básicamente los casos de Estados Unidos y Canadá, aún cuando efectúa referencias tangenciales respecto a los casos de América Latina, Australia, África del Sur y Asia Central. Señala que la historia divergente de América del Norte por un lado y América Latina por otro necesita una explicación múltiple. En su análisis se detectan elementos que siempre merecerán una doble reflexión: grandes territorios deshabitados –que los indígenas locales consideraban como propios-, tierras fértiles, buen clima para la producción de algodón, ricos yacimientos de hierro, carbón y maderas, buenas líneas de acceso y comunicación, etc. Esto en cierto sentido contrastaba con el hecho de que muchos recursos naturales del Brasil eran inaccesibles, México era una maraña de montañas, mesetas y desiertos y quizás sólo Argentina se asemejaba en cierta medida a Estados Unidos. Pero además la sociedad norteamericana de pequeños terratenientes y trabajadores con sueldos bastante altos fue la cuna de la democracia y la empresa, la igualdad aumentaba la autoestima, la ambición, una disposición a competir en el mercado, un espíritu de individualismo y de polémica. Las nuevas tecnologías de la revolución industrial encontraron suelo fértil en las colonias americanas, especialmente en lugares como Pensilvania, Nueva Jersey, Rhode Island, Massachusetts y otros, que se convertirían pronto en verdaderos centros industriales. Muy pronto se apreció la tendencia a la estandarización americana, que aumentaba la productividad:

“Ya en tiempos de la colonia, por ejemplo, gran parte de la construcción norteamericana de casas no se realizaba en las carpinterías, sino en las plantas de fabricación. Las puertas y ventanas se cortaban y ensamblaban en medidas estándar, el vidrio se precortaba en consecuencia. (Los tripulantes de un navío francés que arribó a la joven república cerca de 1815, con un cargamento de vidrio para ventanas de varios tamaños, se sorprendieron al descubrir que tuvieron que regalar la mayor parte). El aserrín que se generaba en el proceso podía recuperarse para otros usos. Después, en los años 1830, la invención de un sistema de prefabricación de casas normalizó y redujo los requisitos de calificación para la construcción en sí misma” (ver. P. 387).

- 17 El llamado “sistema norteamericano” se extendió a otras áreas y se produjeron eslabonamientos, pues cada tecnología se convertía en un peldaño para otras. Los relojes de pared y las armas prepararon el camino para los relojes de bolsillo y las máquinas de coser, las segadoras y cosechadoras llevaron a las sembradoras, cortadoras, agavilladoras, trilladoras y máquinas combinadas; las bicicletas, con el tiempo, a los automóviles. En todo esto, Landes nos recuerda que la población indígena norteamericana fue desarraigada, engañada, aniquilada y atropellada en el amplio sentido de la palabra. Allí se abrió una herida que aún no ha cerrado. Otro capítulo aparte merece el análisis sobre la esclavitud negra y la mayor confrontación sufrida en el continente americano: la guerra civil de Estados Unidos.
- 18 Los capítulos “La Restauración Meiji “ y “La historia equivocó el rumbo” se refieren al caso de Japón y el mundo islámico respectivamente. Sabemos que Japón es un caso de desarrollo económico tan sorprendente que desafía cualquier teoría, enfoque o modelo con el cual se desee identificar. Al margen de la cuestión de fondo, de cómo una economía pobre y totalmente cerrada al comercio internacional por cientos de años (sakoku) llegó a convertirse en una potencia mundial. Landes introduce aquí interesantes aportes en temas relacionados como por ejemplo el contraste entre los fenómenos de industrialización inglés y japonés. Concluye que el japonés fue capaz de soportar niveles de trabajo (¿explotación?) aún mayores, al punto de anotar:
- “Porque el obrero japonés que trabajaba en su casa estaba preparado (y estaba dispuesto a hacerlo) para sobrellevar muchas horas de trabajo agobiante y monótono que haría generado intentos de rebelión en el más dócil de los hiladores o fabricantes de alfileres ingleses” (p. 487).
- 19 No todo fue color de rosa en la historia de la industrialización japonesa. Los relatos y apreciaciones del autor así lo dejan ver (ver pp. 485-498), para este sorprendente país que derrotara a dos grandes potencias mundiales en la guerra (China y Rusia) y perdiera en forma trágica e irracional frente a una tercera (Estados Unidos).
- 20 El capítulo 24 trata sobre el desempeño económico de las naciones musulmanas. El Islam, que significa sumisión (ante Dios), es una de las grandes religiones del mundo. Para cuando los europeos llegaron por mar al Océano Índico (1498), el islamismo se había instalado en regiones de la China y las Filipinas, en la costa de África, en la cuenca del Danubio al sudeste de Europa y a lo largo de las rutas comerciales de Asia Central. Al leer sobre los aspectos militares, políticos y sociales que marcaron el desenvolvimiento del imperio otomano, recordamos una vieja y errónea proposición que explica la

participación del Estado en la economía como una manera de apoderarse del poder y dominar a los demás; es decir, ejercer el poder para que los demás obedezcan. Esto ha ocurrido con todos los imperios que han buscado mantenerse y crecer por medio la fuerza (Egipto, Roma, Alejandro Magno, los nazis, etc.). Esta concepción de la función del Estado falla en una cuestión elemental: la imposición por la fuerza, el desacuerdo, presenta costos crecientes; si el imperio se expande, el número de víctimas, opositores potenciales y la resistencia también crecen, con lo que el costo del control y dominio también crece fuertemente. Al final se llega a situaciones insostenibles y los imperios caen. Parece de perogrullo, pero esto le ha costado millones de víctimas a la humanidad. Hoy afortunadamente en los países más democráticos los líderes han aprendido poco a poco a resolver las dificultades mediante acuerdos inteligentes. En este capítulo Landes nos recuerda con un caso particular, a una sociedad dividida por una pequeña élite y una gran masa de súbditos por explotar, con nobles y funcionarios que ejercían el poder sin límites, con mayorías que no tenían derechos, ni seguridad, sólo obligaciones y sometimientos. Por ello, afirma Landes, en el Islam no se estableció un sistema de naciones-estado independientes como en Europa, las tiranías aristocráticas no podían crear la identidad popular necesaria para unir al pueblo y hacerlo diferente a sus vecinos, incluso superior. La religión sólo sería un factor de identificación nacional discriminante hacia el siglo XX. Poco a poco inexorablemente el imperio otomano se quedó atrás, producto de varios errores: se rechazaba tecnología moderna como la imprenta por razones de sacrilegio y herejía; la suma de los dogmas religiosos y la burocracia, un autoarcaísmo impuesto disolvió las entrañas del imperio. El imperio, una verdadera máquina de saquear, llegó al extremo de que no se desintegró totalmente debido a la propia ineficiencia y corrupción.

- 21 La obra de Landes será y tal vez ya es un clásico de la historia económica. Sus reflexiones son maduras, profundas, novedosas, de criterio amplio, actualizado y bien informado. Esto no significa que en ciertos aspectos o visiones respecto a determinadas cuestiones tengamos la misma posición que él; cada lector tendrá su opinión sobre determinados puntos. Pero Landes tiene mucho de razón en su ambicioso enfoque pluridimensional, espacial y temporal a la vez. La selección de temas o casos de desarrollo es oportuna y se acomoda fácilmente como parte del material para un curso general de historia económica; a pesar de que no incluyó capítulos sobre países llamativos como Suecia, Canadá, Australia, Alemania, países africanos y algunas pequeñas potencias, esto llega a ser sólo una cuestión de gustos o más bien complementaria. En los capítulos que no alcancé a comentar se incluye en todo caso material sobre Brasil, Argentina, China, India, Holanda, países asiáticos y otros de sumo interés. No ha incluido a Chile lamentablemente –somos un país relativamente pequeño– y tal vez una invitación oportuna de alguna institución nacional a una conferencia lo motive a escribir sobre nosotros. De hecho hace unos años la Universidad Andrés Bello invitó a Douglas North, Premio Nobel de Economía 1993 en la mención de historia económica, a dictar una conferencia.
- 22 En resumen, un libro de fácil lectura, buen empaste y bonita presentación. Es posible adquirirlo en buenas librerías de Santiago. Su portada incluye la reproducción de dos obras de arte que representan el contenido del libro: en la parte superior el “*Banquete de los arcabuceros de San Jorge de Haarlem*” (1616), de Frans Hals, en que unos señores elegantemente vestidos disfrutaban de una apetitosa cena. En la parte inferior “*Los comedores de patatas*” (1885), de Vincent Van Gogh, bastante más sombrío y en el cual unos campesinos pobres participan de una escuálida cena. La riqueza y la pobreza de las naciones.